

Carta a Sol Acín Monrás sobre recuerdos acerca de Ramón Acín

Rafael Sender Garcés

El Frago [Zaragoza], 22-VIII-88

Querida Sol: Te mando las líneas que te prometí para el homenaje a vuestro padre. Verás sin gran esfuerzo que son un apretado, atropellado y malísimo recuerdo (...) sobre mi antiguo y querido amigo Ramón... No he querido releerlo al terminar, porque las correcciones y supresiones hubieran impedido o retrasado, todavía más, el envío. Por esto te anticipo y ruego, que si lo crees publicable, lo corrijas, añadas o suprimas lo que te parezca, ya que en esa confianza te lo envío, así como, sin mucho cuidadito, lo tiras a la basura si así te parece, ya que tu padre y mi gran afecto y respeto por su recuerdo se merecen algo menos malo.

Abrazos de Angelita y míos.

PD. Confío –no mucho- en que te llegue esta carta, pues he perdido la dirección que me diste por teléfono y me las arreglaré como pueda para hacértela llegar.

En el invierno de 1927-28 asistí como alumno a la academia de dibujo, pintura y modelado de Ramón Acín. Tenía yo 13 años y la edad de Acín rondaría los 40. No era nuestro primer contacto, pues entre ambas familias existía una antigua amistad favorecida por la proximidad de nuestros respectivos domicilios y reforzada con la boda en aquel otoño de una de mis hermanas con el hermano de Conchita, esposa de Ramón. Este “refuerzo” potenciaba en mi infantil imaginación el coeficiente de influencia sobre el resto de los discípulos del profesor Acín.

Los hecho de encargaron muy pronto de demostrar mi equivocación, puesto que la conducta de Ramón con sus alumnos, lo mismo en su cátedra de profesor de dibujo como en su academia particular, respondía a su natural carácter abierto, comprensivo, tolerante y de lo más afable y campechano, amenizado con su finísimo sentido del humor que convertía en una tertulia lo que de seriedad didáctica pudiera tener su magisterio.

Uno de los mejores recuerdos de mi infancia en Huesca lo constituye ese invierno. Cada visita a casa de Ramón suponía un maravilloso descubrimiento.

La familia Acín habitaban una planta espaciosa de un antiguo palacio o mansión señorial de típico estilo aragonés, con su espaciosa y suave escalinata, amplios vestíbulo de entrada, pasillos y salones. De elevados techos, el conjunto daba la impresión, muy grave, de un museo de arte o exposición de anticuario. En un rincón del vestíbulo una armadura montada de guerrero medieval; grandes pájaros disecados, lámparas de forja antigua y multitud de piezas de cerámica, hierros forjados, útiles de antiguos hogares y chimeneas, relojes de pared, mapas antiguos, cuadros, telas y tapices cubriendo las paredes.

Todo sin agobio ni aprisionamiento, más bien a manera de coleccionista experto.

Mis aficiones de pintor no progresaron gran cosa debido a que mi admiración por Ramón y mi gran ilusión de asistir a la academia consistían en verlo a él en su trabajo. Tenía siempre varias obras empezadas. Sobre todo una de ellas, una tela de grandes

proporciones representando un ferial con sus garitas, carruseles, una enorme noria y demás atracciones, llamaba mi atención sobre las demás. Ver cuadro La Feria ID 247

Me colocaba a un paso o dos de su caballete y cada pincelada o retoque de Ramón resultaba un enigma para mí ya que no veía nada representativo en ella. Entonces me decía Ramón: “Hay que verlo a distancia, aléjate unos pasos” Y mi asombro grande desaparecía al comprobar que a diez o doce pasos de distancia todo revivía: los árboles y ramas que surgían entre las manchas verdes de las hojas; la multitud de visitantes de la feria con distinción entre mujeres, hombres y niños, ciudadanos o aldeanos. Las casetas de atracciones y sobre todo aquella noria gigante.

Otra de las maravillas del estudio de Ramón la constituía el trazado, a tamaño casi natural, de la figura de un fraile del que sólo una línea de contorno o silueta recogía toda una expresión de serenidad y paz interior de un ser consagrado a la mística, como sólo encontramos en escasos lienzos de maestros que alcanzaron la inmortalidad. [Ver cuadro *Fraile. Fray Angélico del Niño Jesús*, ID 246. Nota FRKA]

Estos recuerdos del estudio y trabajo de Ramón, aquella casa museo de arte, su familia, cuando su esposa Conchita tocaba aquel piano que me gustaba tanto escuchar. Las dos niñas del matrimonio Acín-Monrás, la mayor Katia con sus trenzas rubias que ya correteaba y Sol, la menor, de reciente llegada a este mundo.

Yendo por la vida años después he revivido en ocasiones estos recuerdos. Y cada vez que he leído artículos, críticas o reseñas sobre artistas que han destacado y alcanzado renombre universal, no he podido evitar el recuerdo de Ramón con toda su galería privada de trazados, esbozos, bocetos y ensayos que denotaban –mejor si cabe que sus obras terminadas- su inagotable capacidad creadora, aquella fértil imaginación que define al genio en cualquiera de las artes. Y me ha entristecido la ausencia en los tiempos presentes del que prometía unir su apellido al de los inmortales que figuran en las principales salas de arte del mundo....

Perdona Sol, pero no puedo seguir, pues a partir de ahora me abruman trágicos recuerdos que me harían decir los mayores exabruptos y demoleadoras maldiciones contra gentes y hechos que vale más no recordar.